

CHRISTOPHER DERRICK

HUID
DEL
ESCEPTICISMO

UNA
EDUCACIÓN
LIBERAL COMO
SI LA VERDAD
CONTARA
PARA ALGO



Christopher Derrick

Huid del escepticismo

Una educación liberal como
si la verdad contara para algo

Traducción de Marta González



Título en idioma original: *Escape from Scepticism. Liberal Education as if Truth Mattered*

© Herederos de Christopher Derrick

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Traducción de Marta González

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 160

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-217-2

Depósito Legal: M-255-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR	9
NOTA DEL EDITOR	11
I. LA CONDICIÓN ESTUDIANTIL	15
II. UNA EDUCACIÓN PARA LA LIBERTAD	27
III. EN EL SUPERMERCADO.....	41
IV. EL ESCEPTICISMO Y LOS PROFESORES	55
V. UN CERDO ES UN CERDO	69
VI. ¿QUIÉN PRETENDE SABER?.....	83
VII. LA PALABRA «CATÓLICO»	99
VIII. LAS SIETE ARTES LIBERALES	117
IX. SUEÑO Y REALIDAD	133

*Al Dr. Ronald P. Mc Arthur y a los
estudiantes y profesores del Thomas Aquinas
College de Calabasas, California*

NOTA DEL AUTOR

Debo pedir a un sabio amigo y mentor que me perdone por haber utilizado su subtítulo sin permiso adaptándolo para mis propios fines. Como reparación, me gustaría hacerle publicidad gratuita. A todos los que se interesen por el tema de este libro les recomiendo: *Lo pequeño es hermoso: una economía como si la gente contase para algo*, por E. F. Schumacher, 2.^a parte, capítulo 1.

NOTA DEL EDITOR

El subtítulo de esta obra, como el mismo autor declara a modo de «agradecimiento y dedicatoria», retoma el subtítulo de *Lo pequeño es hermoso*, la obra más conocida y difundida de Schumacher¹.

Si la figura de Schumacher nos evoca la imagen de una alternativa radical a la forma actual de organización de la vida humana y, especialmente, económica, un primer acercamiento a *Huid del escepticismo* podría evocar, más que la idea de una alternativa, la locura del retorno a un pasado inmerso en los verdes prados de Oxford, a la sombra de almenados y seculares dogmas.

Sería suficiente conocer la profunda amistad y colaboración entre Schumacher y Derrick para ponernos en guardia frente a tan aireada interpretación. Sin embargo, será la lectura —por lo demás placentera— de este texto, la que nos permitirá captar no solo la cercanía de ambos escritores, sino la presencia misma en el discurso de Derrick, desarrollado en un lenguaje netamente inglés (por no decir netamente sencillo, a causa de nuestro hábito para la agotadora gimnasia de los «distingos» entre los diferentes códigos académicos), de algunos elementos que subyacen, en la raíz, como

¹ Curiosamente, el tal subtítulo ha desaparecido en la edición española en la obra de Schumacher: ¿un simple lapsus de su editor?

rasgos del mismo discurso schumacheriano. Derrick polemiza con el «Relativismo», dentro de la tradición de su gran maestro C. S. Lewis y, junto a él, de Chesterton y del padre de esa divertida y serísima pandilla de pensadores anglosajones que, además de los citados y de otros muchos, cuenta con escritores como Williams y Belloc: es decir, J. H. Newman.

Derrick se basa en el caso de un «anacrónico» *college* de la costa Oeste de los Estados Unidos que, curiosamente, no está impregnado por el clima de escepticismo que domina en la enseñanza universitaria americana. Por consiguiente, el autor se refiere fundamentalmente a los EEUU y a sus *colleges*, que constituyen una forma canónica de organización de la vida universitaria en ese país. En nuestras latitudes no hay nada comparable: podríamos decir que se trata de un primer ciclo universitario, en el que se obtiene una graduación básica polivalente. Muchos de ellos son «libres», es decir, los hay católicos, protestantes, judíos y laicos, etc. Aconsejamos al lector español poco familiarizado con el sistema universitario anglosajón que se imagine además unas universidades donde los estudiantes viven en régimen de internado.

Otro elemento a aclarar es el término «educación liberal», que Derrick se plantea como tema central: el adjetivo «liberal», en este caso, no tiene nada que ver con el partido liberal norteamericano, ni con cualquier otro partido, grupo o club liberal de otra nación, incluidos los españoles. El concepto anglosajón de «educación liberal» viene de la tradición humanista medieval europea, y por tanto no debe confundirse en absoluto con el uso partidario actual del término «liberal» aplicado a la economía y la política.

El amor por la paradoja, que Derrick alterna con la referencia continua al «sentido común», no debe alejar al lector del núcleo central del problema, que afecta también a nuestro propio mundo universitario. Y lo afecta de forma especial hoy, cuando se resiente de la así llamada decadencia de las ideologías, frente a la que los líderes de la opinión pública y, con ellos, gran parte del mundo

académico, parecen decididos a cabalgar sobre el viejo jamelgo del relativismo, como la posición más progresista que se pueda seguir.

Al hablar justamente contra este progreso, el discurso de Derrick ofrece blanco a la crítica fácil de quien, colgándose el cartel científico del relativismo, se ha exiliado de todo compromiso con el hombre y con la historia.

El absolutismo relativista se convierte en el lecho de Procusto más intransigente que pueda haber contra la libertad de pensamiento que Occidente ha producido, pues se opone a su tradición y vocación a una visión cierta del hombre y su destino. La libertad y la educación para la libertad nacen, según Derrick, de la experiencia cristiana vivida y meditada.

Solo puede darse una educación libre a partir de un sentido cierto de la vida.

Finalmente, estamos convencidos de que muchos apuntes críticos sobre la universidad, sobre su vinculación con el poder económico, sobre la mercantilización del saber y la instrumentalización de las instituciones, presentes en los primeros movimientos estudiantiles del 68, se ven aquí claramente revalorizados más que refutados. Valga esto para subrayar que el actual relativismo que se hace pasar por progreso, no es fruto de aquella revuelta estudiantil, sino la pesada recuperación de un sistema contra el que los estudiantes se rebelaron en el 68.

I. LA CONDICIÓN ESTUDIANTIL

En esta mañana fría y brumosa, estoy aquí sentado a la orilla del lago. El agua está en absoluta calma y refleja perfectamente la sombra de aquel pequeño puente.

¡Qué agradable es que los buenos y atontados patos vengan a mover sus plumas y graznar a mi alrededor! Me gustan los patos, me identifico con ellos: creo que me sería imposible comerlos. Ahora, en esta tranquila mañana californiana, me divierto eligiendo nombres románticos para cada pato que me hace compañía: Florestán, Eusebio, Sofonisba. En este mundo perplejo y desconcertado, hay algo de reconfortante en la clara objetividad de su existencia. Nos podemos fiar de un pato.

Pero incluso en este bello lugar, en esta agradable compañía, la incertidumbre de este tiempo desesperanzador puede abrumar a veces y aterrorizar el espíritu. ¿Son estos patos *realmente* reales y dignos de fe? ¿Existe algo real? ¿Existe esa cosa que llamamos «verdad» o «realidad»? Y, si existe, ¿podemos captarla, o estamos condenados a una vida de radical escepticismo y de perpetua incertidumbre?

Quizá debería hacer que estos pensamientos salieran de mi mente, incluso a la fuerza si fuera preciso. «Por ahí está la locura».

Pero, de hecho, nos pueden llamar peligrosamente la atención y no solo porque filósofos respetados hablen sobre ellos: todos

nosotros hemos preguntado cuestiones semejantes desde la niñez y no solo con el lado más lunático de nuestras mentes. Alguien ha definido la filosofía como aquello sobre lo que los niños preguntan hasta que los padres, hartos, les dicen que no sean tan tontos. La definición no es del todo mala. Mamá, ¿dónde se ha ido el ayer? Mamá, ¿por qué *yo* soy «yo»? Mamá, ¿los sueños son realidad?

¿Es un sueño la realidad? La «verdad» ¿es verdadera? Y esto, ¿tiene alguna importancia?

Son preguntas importantes y mucha gente las responde escépticamente. No muy lejos, en otros campos, hay filósofos muy eruditos que lanzarían serias dudas sobre mis queridos patos. Después de todo, ¿qué *es* un pato?, ¿existe, *es*, o se trata simplemente de una apariencia momentánea en el flujo interminable del devenir? Quizá sea algo que yo invente por razones que mi mente consciente desconoce, un constructo condicionado tribalmente que parte de datos sensoriales inciertos. O es, quizá, algo real, pero tan existencialmente único que no debería verlo (como de hecho sucede) como un pato entre otros patos. ¿Necesitaré descubrir o inventar una especie de *Patolandia* universal, un *Enteheit* ideal eternamente entronizado en algún cielo platónico y que toma cuerpo imperfecto en cada una de las formas emplumadas que están delante de mí?

Todo esto es muy complejo, y no deberíamos culpar a los filósofos por interferir en el simple sentido común que rige la existencia de las cosas, como si la cuestión no nos hubiera importado hasta que ellos no se metieron por medio. Todos los hombres encuentran la realidad desconcertante; los filósofos ponen este desconcierto en palabras de manera útil. Solo me empieza a preocupar cuando intentan resolver el problema con respuestas nihilistas y absurdas.

Ahora alzo la mirada y, tras la forma redondeada del árbol que se estremece con la vida de los pájaros, veo algunos estudiantes. Me sorprendo de nuevo al mirarlos. No responden ni remotamente a la imagen o estereotipo que un estudiante debe tener: desilusionan lamentablemente todas mis expectativas. Tanto porque están

discretamente vestidos y se comportan con corrección, aunque casi siempre con alegría y a veces con alboroto en el mejor sentido, como, también, porque demuestran una dedicación y esperanza insólitas, creyendo a fondo en el valor de lo que están haciendo en este *college*. No es porque crean que han encontrado una vía fácil para el «éxito» económico y social, pues sus estudios aquí son duros y se relacionan muy poco con la adquisición de las capacidades apreciadas en el mercado. Su confianza es de otra clase. Reconozco, entre el grupo que estoy observando, a uno o dos estudiantes con quienes estuve hablando la noche pasada hasta el amanecer, y lo que recuerdo es su profunda confianza en la realidad y en la razón, su convicción de que la mente humana puede captar realmente la verdad y que el esfuerzo exigido en esta tarea se justifica sobradamente.

«Realidad», «verdad»: estas ingenuas y viejas palabras provocarían un escéptico e irónico alzamiento de cejas en muchos campus universitarios. Aquí no.

Estos estudiantes no van, además, a quemar la biblioteca o a «protestar» de alguna otra manera, como ha sido la moda dominante en tiempos recientes y que aún perdura; van a Misa, aunque nadie les obliga. Y, se crea o no, la Misa va a ser casi en su totalidad en latín, y en obediencia total a la disciplina de esa Roma distante y antiamericana; aún peor, esos jóvenes saben latín *ahora* y pueden participar en el culto eclesiástico en la antigua lengua del Occidente cristiano. Están creciendo sencilla y naturalmente para formar una ciudadanía más amplia que la de California. ¿En qué clase de monstruoso mundo me he metido?

Floristán, Eusebio y Sofonisba están chapoteando alegremente y hacen que tiemble la imagen reflejada del puente. Estos patos no parecen tener ninguna duda sobre su existencia real. Deben tener más sabiduría que en las academias.

Podría no ser mala idea que me levantara y me uniera a la Misa de esos estudiantes desviacionistas.

HUID DEL ESCEPTICISMO

El brillante escritor inglés Christopher Derrick, discípulo de C.S. Lewis, nos ofrece en este pequeño libro ya clásico una profunda e inquietante reflexión sobre la educación moderna. Su punto de partida es la visita a un *college* norteamericano en el que profesores y estudiantes, inmersos en una experiencia de vida cristiana, no viven sometidos a la esclavitud del relativismo sino que constituyen un lugar efectivo de educación para la libertad. A partir de ella, Derrick nos ofrece un replanteamiento de la educación, especialmente de la educación católica, en la que «la verdad cuenta para algo».

Con un humor y agudeza excepcionales, este libro se inserta en la gran tradición anglosajona del debate cultural entre el sentido común, el sentido religioso y las ideologías.

Depósito Legal: M-255-2025



ISBN: 978-84-1339-217-2

